

Después de esto Jesús vuelve á Nazareth con José y María, y allí vive sometido á ellos. Los diez y ocho años que pasa con su Madre en aquella humilde morada hubieranla ofrecido un océano de felicidad, si posible le hubiera sido alejar de su mente la idea de la muerte violenta que esperaba; pero María no veía en su Hijo más que una víctima que ante sus ojos crecía para el Calvario, y continuamente se representaba la escena que había de arrebatarse de su lado: *Prævenerat me dies afflictionis; incensens incedebam.* (JOB, xxx, 27.) Era imposible mirarle sin verse asaltada por el recuerdo de los tormentos que debía sufrir un día. Y ved lo que, en sentir del abad Ruperto, la hacía experimentar el más prolongado y horrible martirio: *Tu longum præscia futura passionis Filii tui pertulisti martyrium.*

Cuando Jesús da principio á su vida pública, celosa María de no privarse ni un instante de su presencia, acompaña casi siempre do quiera que dirige sus pasos. Su maternal sensibilidad hácela partícipe de todas las amarguras, ultrajes y oprobios de que su Hijo es víctima. ¡Qué dardos no atraviesan su corazón al oír llamarle endemoniado, samaritano, seductor, blasfemo! Si no hubiese sido tan humilde, ¡cuánto no hubiera sufrido al ver echar en cara á Jesús hasta el mismo nombre de su Madre! *Nonne Mater ejus dicitur Maria?* (MATTH. xiii, 55.) Abreviemos.

La entrada de Jesús en Jerusalén es un verdadero triunfo; pero harto sabe su Madre que no tardará en cambiarse en una pompa fúnebre. Ocasión era ésta de abandonar la ciudad deicida; pero María quiere participar de toda la amargura del cáliz de su Hijo. No tardará en saber todos los preliminares de su muerte: su agonía en el huerto de las Olivas; la incomprensible insensibilidad de los discípulos, que duermen, cuando debieran compartir con el divino Maestro su mortal melancolía; la perfidia de Judas, que le vende; la fuga de los Apóstoles, que le abandonan; la cobardía de Pedro, que le niega; la flagelación, las bofetadas, los insultos de todo género, la indigna preferencia de Barrabás.

Llega en medio de las turbas, en el momento en que á los alrededores del palacio de Pilatos resuena este grito infernal: «¡Que muera! ¡Que sea crucificado!» (MATTH. xxvii, 23.) Observa todos los preparativos del más ignominioso suplicio: la cruz, los clavos, la lanza. Ya el funesto cortejo se dispone á partir. Cien soldados romanos, formados en dos filas, añaden á aquella escena, tan desgarradora de suyo, un nuevo aparato de terror y de espanto. En medio de ellos camina Jesús con el instrumento de su suplicio, acompañado de dos malhechores que van á sufrir la misma suerte; los príncipes de los sacerdotes, los doctores de la ley y considerable número de fariseos rodean á la víctima, gozándose anticipadamente en los dolores que va á padecer, y triunfando cobardes de su voluntaria derrota.

Fuera de las filas se ve una multitud de piadosas mujeres que llenan el aire de gritos y lamentos. ¡Gran Dios! ¿Dónde está María? ¡Ah! Ya la veo correr en pos de su Hijo, caminando tras las huellas de

su sangre. ¿Y á dónde vais, Señora, vos á quien un día saludara el Angel bendita entre las mujeres, hoy empero la más desgraciada de todas las madres? ¿A dónde vais, María? «Voy, dice, al Calvario con el amor de mi vida y la vida de mi amor.» ¡Oh! No subáis á ese funesto monte; el espectáculo que va á ofrecer no pueden soportarlo los ojos de una madre.

Pero todo debía ser extraño en este acontecimiento, anunciado á través de cuarenta siglos. También María lleva en su corazón una cruz, más pesada aún que la que lleva Jesús sobre sus magullados hombros. Así que no tardará en ser crucificada, si no en el cuerpo, al menos en todas las disposiciones de su voluntad: *Tollebat et Mater crucem suam, et sequebatur eum crucifigenda cum ipso.* (GUILL. PARIS.)

Apercíbela Jesús en medio de la muchedumbre, y al verla, dice San Lorenzo Justiniano, es creible que la diría: «¡Ay Madre mía! ¿Hacia dónde dirigís vuestros pasos? ¿Qué efectos va á producir vuestra presencia en el Calvario? Vos sufriréis todos mis tormentos, y yo experimentaré los vuestros.» *Heu! quo prosperas, quo venis, Mater? Cruciatu meo cruciaberis, et ego tuo.*

Ya no le ve rodeado de homenajes y respetos, como le viera en muchas circunstancias. Los Angeles, los pastores y los magos le adoraron en Belén; Simeón y Ana la profetisa, en el Templo; oleadas de pueblo, en las plazas públicas, en las riberas, en las montañas, y hasta en los sitios más solitarios; aquí, empero, sólo es objeto de mofa, de maldición y de ultrajes. En medio de este concierto de injurias llega por fin al Calvario. ¡Y si al menos sus verdugos le dejasen descansar algunos instantes! Más nó: ellos apresuran el suplicio, cual si temiesen que no se verificaría. La muchedumbre, ebria de furor y de rabia, rodea la víctima, la extiende sobre la Cruz, y bien pronto llega á los oídos de María el ruido de los martillos que taladran con clavos los pies y las manos de su Hijo. Cada golpe resuena y hace eco en su corazón maternal.... De repente ve levantarse la Cruz, caer en un hoyo, y quedar suspendido en aquel instrumento de muerte el objeto de toda su ternura. ¡Dios mío! ¡Qué espectáculo para el corazón de una Madre, ver á un Hijo como aquél tratado con tanta crueldad! ¡A vuestro corazón apelo en este instante, vírgenes, mujeres, y madres sensibles! ¡No seréis vosotras quienes pongáis en duda el martirio de María! En aquellos momentos Jesús atrae sobre sí las miradas, y absorbe la atención de todos los espectadores. Algunos hay que se compadecen de sus sufrimientos. El mayor número se complace en acrecentárselos; entretanto María está allí desamparada, despreciada, olvidada; únicamente el discípulo amado reparte su sensibilidad entre el Hijo y la Madre, cuyo dolor es más profundo que el Océano: *Magna est velut mare contritio tua* (THREN. ii, 13). ¡Y si al menos las lágrimas mitigasen su tormento! Mas nó, dice San Ambrosio: «El Evangelio que me la presenta en pie al lado de la Cruz, no me indica que haya llorado: *Stantem illam lego; flentem non lego.* Viéronse hombres, al parecer valerosos, huir de la vista de aquel espectáculo; pero María,

más intrépida que ellos, permaneció inmóvil, aun cuando la sangre de su Hijo podía brotar hasta ella: *Stabat ante crucem Mater, fugientibus viris, intrépida*. Su inmensa caridad hacia los hombres, hacía la fijar sus ojos en aquellas heridas, á las cuales sabía estar vinculada la salvación del linaje humano: *Spectabat piis oculis vulnera, per quæ scibat omnibus futuram redemptionem*. Digna Madre de tal Hijo, nada dejó entrever que desdijese de la nobleza del Sacrificio y de la Víctima. Bien pudiera no economizar su vida, cuando se la arrebatában á Aquel que ella había dado á luz, pero no por eso la hace palidecer la vista de los verdugos. ¿Podía acaso sufrir más en su cuerpo de lo que estaba sufriendo en su corazón? *Stabat non degeneri mater spectaculo, quæ non metuebat peremptorum*. Pendiente estaba el Hijo de la Cruz, y la Madre se ofrecía á los perseguidores: «*Pendebat in cruce Filius; Mater se persecutoribus offerebat*.

Pero, ¿por qué, al menos, ¡oh Madre heroica! no volvéis vuestra vista á otro lado? Agar se aleja de Ismaél, por no ser testigo de sus sufrimientos y de su último suspiro: *Non videbo morientem puerum*, (GEN. XXI, 16). ¿Y qué era Ismaél comparado á Jesús?

¡Ah! A. H. M., ¡cuán distintos sentimientos, y qué valor tan diverso es el de María! Mientras Jesús rocía con su sangre el altar de la Cruz, ofreciéndose víctima de expiación por los pecados de un mundo culpable, María, rivalizando en celo y amor hacia los hombres, sacrifica su corazón en el instante mismo en que Jesús sacrifica su cuerpo. (1).

Harta constancia, demasiada intrepidez habéis demostrado ya, ¡oh augusta Madre! ¿Qué necesidad tenéis de asistir hasta el fin á esa sangrienta escena? ¿Qué podréis hacer ya por ese Hijo adorable, más que aumentar sus tormentos? No detendréis, nó, los torrentes inagotables de esa sangre tan pura; no os será dado cerrar esas heridas á las que os es imposible llegar; ¿ni cómo suavizar unos sufrimientos que son tan excesivamente crueles?

Pero preciso es que la Madre del Redenter presencie el Sacrificio expiatorio hasta su terminación; porque es forzoso que una misma espada in mole á la vez ambas víctimas; que todas las llagas distribuidas en el cuerpo de Jesús se hallen reunidas en el Corazón de María: *Singula vulnera Jesu corporis dispersa, in uno corde sint unita*; que esa valerosa Madre no esté sólo al pié de la Cruz, si que también clavada, en cierto modo, en la Cruz misma de Jesucristo: *O Domina mea! ubi stabas? Nunquid tantum juxta crucem? Imo in cruce cum Christo crucifixæ eras?* (S. BONAV.)

(1)

Dum spargit aram sanguine.
Jesus, salutis hostia
Præsens doloris æmulum
María pectus inmolat.

(Hymn. Eccles.)

Y como escribió Arnaldo Carnotense *Christus carnem; Maria inmolabat animam.*

Mas ¿qué escucho? ¿qué veo? Oscurécese el sol, quebrántanse las rocas, los sepulcros se abren, Jesús exclama: «¡Dios mío, Dios mío: ¿Por qué me has desamparado?» (MATTH. XXVII., 46). Como si dijese! El Cielo parece insensible á mi inocencia; la tierra no me ofrece sinó enemigos que triunfan, discípulos débiles é impotentes, una Madre desconsolada, cuya vista aumenta mi padecer... Pero, ¿á qué darla ese nombre cuando voy á anunciarla la más cruel separación? Tratémosla con cierta especie de rigor para distraerla de sus punzadoras penas. A su lado está mi amado discípulo; confiémosla á sus cuidados; ¿puede hallarse un corazón más puro y tierno? Y en efecto, el moribundo Salvador pronuncia estas palabras: «Mujer, vé ahí tu hijo; discípulo, mira ahí á tu madre:» *Ecce filius tuus... Ecce mater tua*. (JOAN. XIX, 26, 27.)

¡Qué cambio! Oh María, exclama aquí San Bernardo: Juan reemplaza á Jesús; el siervo al Señor; el discípulo al Maestro; el hijo del Zebedeo, al verdadero Hijo de Dios; un puro hombre á la misma divinidad... ¿Cómo no había de desgarrar vuestra alma sensibilísima, semejante subrogación, cuando nuestros corazones de hierro y de piedra se despedazan sólo con recordarla? ¡Oh commutationem! *Joannes tibi pro Jesu traditur, servus pro Domino, discipulos pro magistro, filius Zebedæi pro Filio Dei, homo purus pro Deo vero. Quomodo non tuam affectuosissimam animam non pertransiret hæc auditio, quando et nostra, licet saxea, licet ferrea pectora recordatio scindit!* Hé aquí un tropel de aflicciones que se suceden rápidamente. «Tengo sed,» exclama Jesús: *Sitio*. ¡Oh tierna Madre! Tú diste en otro tiempo á tu Divino Hijo tu leche virginal; y ahora no puedes ofrecerle algunas gotas de agua para apagar la sed que le devora. ¡Si al menos pudieses suavizarla con el humor líquido de vuestro llanto! Pero ni aún eso podéis, ni siquiera os es dado evitar que le den á beber hiel añadiendo á sus tormentos una amargura cruel.

«¡Todo se ha consumado!» Estas son las últimas palabras que el agonizante Jesús pronuncia, inclinando la cabeza y exhalando el postrimer suspiro: *Consummatum est, et inclinato capite, tradidit spiritum*. En presencia de este espectáculo, un gran número de los espectadores se sienten súbitamente cambiados, y algunos que poco há aplaudían el suplicio del Hombre-Dios, bajan del monde hiriéndose el pecho: *Omnis turba eorum, qui aderant ad spectaculum istud, et videbant quæ fiebant, percutientes pectora sua, revertebantur*. (LUC., XXIII, 48). Cumplido todo lo que las Escrituras anunciaron respecto á Jesús, hacíase preciso bajar su cuerpo de la Cruz y colocarlo en un sepulcro: *Cumque consummassent omnia, quæ de eo scripta erant, deponentes eum de ligno...* (ACT. XXIII. 29). ¡Oh cuerpo sagrado, magullado con tantos golpes, cubierto de tantas heridas, de sangre y de inmundas salivas! ¿Qué brazos serán bastante santos para recibirte? Acercaos, María; á vos sola pertenece tan triste como heroico encargo; tomad sobre vuestras temblorosas rodillas al que un día llevasteis en vuestro seno inmaculado. Fuerza es os resignéis á contemplar todos los rasgos de la muerte

en Aquel que anima á cuanto respira, y á lavar con vuestras lágrimas algunas de las sangrientas y lívidas manchas con que está cubierto. En Belén le dísteis á luz sin dolor; pero en su muerte os es preciso sufrir un martirio mil veces más doloroso que el que padecen todas las mujeres en el momento de ser madres: *Illæsa, te, puerpera, non fecerat matrem dolor; nascente, quem nesciveras, orbata sentis filio.* (Habert.) *Dolores partus quos effugit pariens, illos tempore passionis sustinuit.* (Joan. Damas.) Porque es muy natural, que la inmensidad de vuestro dolor iguale á la inmensidad de vuestro amor.

Haced, oh María, que vuestro llanto haga correr el nuestro, y que vuestros genidos den á nuestros corazones la sensibilidad de que carecen. ¡Oh Jesús! ¡Oh María! Ya que en esta desgarradora escena nosotros somos los únicos culpables, los únicos tiranos que os martirizan, dejadnos participar de vuestros sufrimientos: *Totum scelus fatentibus partem doloris reddite.* No siendo extraños á vuestro cáliz de amargura, tenemos la dulce esperanza de que mediante nuestro arrepentimiento seremos un día partícipes de vuestra felicidad y de vuestra gloria.

CARDENAL VILLECOURT.

DISCURSO

PARA EL DÍA 15 DE MAYO.

ASUNCIÓN.

PLAN.

PUNTO PRIMERO.—La muerte de María es una gracia,

SUBDIVISIONES.—1. Muerte santa.—2. Muerte sin dolor.

PUNTO SEGUNDO.—La resurrección de María es un triunfo.

SUBDIVISIONES.—1. Diferencia entre la muerte de Jesús y la de María.—2. Triunfo de María.

PUNTO TERCERO.—La recompensa de María es una coronación.

SUBDIVISIONES.—1. Coronación de María.—2. Coronación del Cristiano.

Astitit regina à dextris tuis in vestitu deaurato circumdata varietate.

A tu diestra está la Reina con vestido bordado de oro, y engalanada con varios adornos.

(Ps. XLIV, 10.)

Las palabras que acabáis de oír, A. H. M., y que en la Escritura Santa se dirigen á la Iglesia, la Iglesia, inspirada de lo alto, las aplica á María Santísima; á la Virgen, cuyo nombre, más halagüeño que la sonrisa de un Angel, y consolador como el pensamiento del Cielo, es por sí solo aquí bajo, para el hombre, una merced y una esperanza. Sí: María es una Reina, que en los palacios celestiales, en el seno de la eternidad, está sentada junto á Dios sobre toda criatura, en un trono inmortal: *Astitit Regina à dextris tuis.*

María es una Reina cuyas virtudes, como un conjunto de piedras preciosas, eclipsan el resplandor de los mismos Angeles: *In vestitu deaurato.* María es una Reina augusta que tiene en su corazón los tesoros del Cielo y de la tierra, del tiempo y de la eternidad.

¡Oh! Cuán agradable, H. M., debe ser hoy para el cristiano que logre apartar sus ojos de la tierra y fijarlos en el Cielo, poder decirse con verdad: esa Mujer bendita entre todas las criaturas; esa